

KIM LIGGETT



EL
AÑO
DE
GRACIA

Entre *El cuento de la criada* y *El señor de las moscas*, esta narración distópica explora hábilmente la psique de las adolescentes obligadas a vivir en una teocracia represiva. En el condado de Garner, donde está prohibido hablar del «año de gracia», las niñas crecen convencidas de que al alcanzar la adolescencia su piel exhala una potente esencia de juventud que, gracias a sus poderes afrodisíacos, es capaz de seducir a los hombres y matar de celos a las mujeres. A fin de purificar esa magia sin dañar a nadie y poder regresar a casa listas para el matrimonio, las adolescentes son expulsadas del lugar y confinadas en plena naturaleza durante un año. Sin embargo, no todas vuelven... Aunque en el condado de Garner están prohibidos los sueños y cualquier cosa que pueda ofrecer privacidad y esperanza a las chicas, Tierney James, una joven de dieciséis años que está a punto de tener que cumplir su año de gracia y anhela una sociedad libre de disputas entre amigos y entre mujeres, descubrirá que el mayor peligro que deben enfrentar las adolescentes en su situación no radica en la naturaleza salvaje ni en los elementos, ni siquiera en los cazadores furtivos que se dedican a secuestrarlas para hacer una pequeña fortuna en el mercado negro, sino en la rivalidad y el enfrentamiento entre ellas. Con prosa afilada y descarnado realismo, *El año de gracia* examina las complejas, y a menudo tortuosas, relaciones entre jóvenes y las difíciles decisiones que deben tomar para convertirse en mujeres.

*A las hijas del mundo
y a quienes las veneran*

*Una rata en un laberinto es libre de ir donde quiera,
siempre que no salga del laberinto.*

MARGARET ATWOOD, *El cuento de la criada*

Quizá sea una bestia... quizá solo somos nosotros.

WILLIAM GOLDING, *El señor de las moscas*

No se habla del año de gracia.

Está prohibido.

Nos cuentan que tenemos el poder de tentar a hombres hechos y derechos y sacarlos de sus camas, de hacer que los chicos pierdan la cabeza y de volver locas de celos a las esposas. Están convencidos de que de nuestra piel emana un potente afrodisíaco, la poderosa esencia de la juventud de una niña a punto de convertirse en mujer. Por eso, al cumplir los dieciséis, nos destierran durante un año para que liberemos nuestra magia en un lugar desierto antes de dejarnos volver a la civilización.

Pero yo no siento ese poder.

No siento en mí esa magia.

Hablar del año de gracia está prohibido, pero eso no me ha impedido buscar pistas.

Palabras que por un descuido pronuncia una pareja de amantes en el prado, un cuento de miedo antes de acostarnos que ni mucho menos parece un cuento, miradas cómplices intercambiadas en los gélidos silencios que suceden a las bromas que hacen las mujeres en el mercado. Pero no revelan gran cosa.

La verdad del año de gracia, lo que ocurre en el transcurso de esos doce meses de sombra, se oculta en unos filamentos diminutos que flotan alrededor de las mujeres cuando creen que nadie las mira. Pero yo siempre estoy mirando.

Un chal algo caído que deja a la vista las cicatrices de unos hombros desnudos a la luz de la luna llena de otoño.

Unos dedos atormentados que rozan la superficie del estanque y observan cómo se propagan las ondas hasta

fundirse a negro.

Mujeres con la vista perdida a un millón de kilómetros de distancia. Sobrecogidas. Horrorizadas.

Antes pensaba que en eso consistía mi magia, en el poder de ver cosas que los demás no veían; cosas que ni siquiera estaban dispuestos a admitir ante sí mismos. Pero no hay más que abrir los ojos.

Y yo los tengo bien abiertos.

La sigo a través del bosque, por un camino muy trillado que he recorrido mil veces. Helechos, orquídeas silvestres y cardos, con las misteriosas flores rojas que jalonan el sendero. Cinco pétalos, perfectamente formados, como hechos a propósito para nosotras. Un pétalo por las chicas en año de gracia, un pétalo por las esposas, uno por las trabajadoras, uno por las mujeres de las afueras y uno por ella.

La niña vuelve la cabeza, me mira por encima del hombro y me sonrío, confiada. Me recuerda a alguien, pero no le pongo nombre ni cara. Tal vez se trate de un recuerdo lejano de una vida pasada, tal vez de una hermana pequeña a la que nunca conocí. El rostro con forma de corazón, una pequeña marca de nacimiento roja bajo el ojo derecho. Facciones delicadas, como las mías, pero esta niña de delicada no tiene nada. En sus ojos, de un gris acerado, hay ferocidad. Tiene el pelo oscuro y rapado casi al raso. No sabría decir si es un castigo o un gesto de rebeldía. No la conozco, pero, curiosamente, sé que la quiero. No como mi padre quiere a mi madre; el mío es un amor protector y puro, el mismo que sentía por los petirrojos que estuve cuidando el invierno pasado.

Llegamos al claro, donde se han congregado mujeres de toda condición, todas con la florecita roja prendida sobre el corazón. No hay riñas ni miradas envenenadas; todas han venido a reunirse en paz y armonía. Con la unidad por bandera. Somos hermanas, hijas, madres, abuelas, juntas en nombre de una necesidad común, más importante que nosotras mismas.

—Somos el sexo débil, pero eso se acabó —dice la niña.

Las demás responden con un clamor que les sale de lo más hondo.

Pero yo no tengo miedo, solo siento cierto orgullo. La chica es la elegida. Ella lo va a cambiar todo, y, de algún modo, yo formo parte de ese cambio.

—Este camino se ha pavimentado con sangre, la sangre de las nuestras, pero no ha sido en vano. Este año, el año de gracia toca a su fin.

Al expulsar el aire de los pulmones, ya no me encuentro en el bosque, ni con la niña, sino aquí, en esta habitación asfixiante, en mi cama, con mis hermanas mirándome con ojos ávidos.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Ivy, una de las mayores, con las mejillas encendidas.

—Nada —responde June, apretándole la muñeca—. No hemos oído nada.

Madre entra en mi cuarto y mis hermanas pequeñas, Clara y Penny, me achuchan para que salga de la cama. Miro a June con agradecimiento por apaciguar la situación, pero ella rehuye mi mirada. No quiere mirarme, o no puede. No sé qué es peor.

No nos está permitido soñar. Los hombres creen que es nuestra forma de ocultar nuestra magia. Tener sueños bastaría para que me castigarán, pero si alguien llegara a enterarse de con qué soñaba, acabaría en la horca sin remedio.

Mis hermanas me conducen al cuarto de costura, revoloteando a mi alrededor como un puñado de gorriones bulliciosos. Me empujan. Me arrastran.

—Aflojad —acierto a decir mientras Clara y Penny tiran con fuerza de los cordones del corsé con un júbilo un tanto excesivo.

Creen que esto es un juego. No entienden que dentro de pocos años les tocará a ellas. Les doy un cachete.

—¿No podéis ir a torturar a otra?

–Deja de quejarte –dice mi madre, y paga su frustración con mi cuero cabelludo mientras acaba de hacerme la trenza–. Tu padre te ha consentido demasiado todos estos años, dejándote ir por ahí con los vestidos llenos de barro y las uñas siempre sucias. Por una vez, te vas a enterar de lo que es ser una dama.

–No sé para qué te molestas. –Ivy se pavonea ante el espejo, exhibiendo su barriga, cada vez más hinchada–. Nadie en su sano juicio le daría un velo a Tierney.

–Pues que así sea –dice mi madre mientras coge los cordones del corsé y aprieta aún más–. Pero al menos esto me lo debe.

Fui una niña obstinada, más curiosa de lo que me convenía, siempre en las nubes, una niña sin decoro... entre otras cosas. Y seré la primera chica de nuestra familia que entra en su año de gracia sin un velo.

No hace falta que mi madre lo diga. Cada vez que me mira, siento su resentimiento. Su furia contenida.

–Aquí está.

June, la mayor de mis hermanas, vuelve a entrar en la habitación, con un vestido azul noche de seda cruda y escote orlado con perlas de almeja de río. Es el mismo vestido que llevó el día de su imposición del velo, hace cuatro años. Huele a lilas y a miedo. Las lilas blancas fueron las flores que eligió para ella su pretendiente, son el símbolo del amor temprano, de la inocencia. Es muy generoso por su parte prestármelo, pero así es June. Ni el año de gracia iba a quitarle eso.

Todas las demás chicas de mi año lucirán hoy vestidos nuevos de volantes y encajes, la última moda, pero mis padres no iban a ser tan tontos como para malgastar sus recursos en mí. Mis perspectivas son malas. Ya me he asegurado yo de que así sea.

Este año, en el condado de Garner hay doce jóvenes candidatos: hijos de familias acomodadas, de buena posición. Y treinta y tres chicas.

Hoy se supone que hemos de pasearnos por la ciudad, para que los chicos nos puedan dar un último repaso antes de reunirse con los hombres en el granero mayor para mercadear con nuestros destinos y cerrar tratos como si fuéramos ganado, lo que no se aleja mucho de la realidad, considerando que nada más nacer nos marcan con el sello de nuestro padre en la planta del pie. Cuando todos hayan reclamado a su pareja, los padres entregarán los velos a las chicas, que nos habremos reunido en la iglesia, a esperar, y lo harán imponiendo en silencio los vaporosos espantos en la cabeza de las elegidas. Y al día siguiente por la mañana, cuando formemos una fila en la plaza antes de irnos a cumplir con nuestro año de gracia, cada chico levantará el velo de la chica que ha elegido a modo de promesa de matrimonio, y las demás pasaremos a ser del todo prescindibles.

–Ya sabía yo que debajo de todo eso había una buena figura –dice mi madre, frunciendo los labios.

Las finas líneas que tiene alrededor de la boca se convierten en unos surcos profundos. Dejaría de hacerlo si supiera lo vieja que le hacen parecer. En el condado de Garner, solo ser estéril es peor que ser vieja.

–Que me parta un rayo –prosigue mientras me embute el vestido por la cabeza– si alguna vez alcanzo a entender por qué has dilapidado tu belleza y la oportunidad de gobernar tu propia casa.

Se me engancha un brazo en la manga y empiezo a dar tirones.

–Deja de resistirte, o se va a...

El sofoco que le provoca oír la tela desgarrarse se le manifiesta en el cuello y luego se le desplaza hasta la mandíbula.

–Aguja e hilo –ordena a mis hermanas, que se apresuran a obedecer.

Yo trato de aguantarme la risa, pero cuanto más me esfuerzo más ganas me entran, y acabo prorrumpiendo en

carcajadas. No valgo ni para ponerme un vestido como es debido.

–Adelante, tú riéte cuanto quieras, pero no te parecerá tan divertido cuando nadie te dé un velo y al volver de tu año de gracia te manden derecha a deslomarte en una casa de labor.

–Mejor que ser la esposa de alguien –mascullo.

–Ni se te ocurra decir eso. –Me agarra la cara, y mis hermanas se dispersan–. ¿Quieres que te tomen por una usurpadora? ¿Que te destierren? Los furtivos estarían encantados de ponerte las manos encima. –Baja la voz–. No puedes cubrir de vergüenza a esta familia.

–¿Qué pasa aquí?

Mi padre se guarda la pipa en el bolsillo de la pechera, en una de sus raras apariciones por el cuarto de coser. Madre recupera de inmediato la compostura y se aplica a remendar el siete.

–No hay ninguna deshonra en trabajar a destajo –dice mi padre, y cuando agacha la cabeza para pasar por la puerta y besa a mi madre en la mejilla, me alcanza su olor a yodo y tabaco dulce–. Cuando vuelva, puede ocuparse en la vaquería o en el molino. Son trabajos muy respetables. Ya sabes que nuestra Tierney siempre ha sido un espíritu libre –dice con un guiño de complicidad.

Yo miro a otro lado, fingiéndome fascinada por los puntitos de luz difusa que se filtran por las cortinas de encaje. Antes, mi padre y yo éramos uña y carne. Decían que le brillaban los ojos cuando hablaba de mí. Con cinco hijas, supongo que yo era lo más parecido al varón que tanto había deseado. A hurtadillas, me enseñaba a pescar, a manejar una navaja, a cuidar de mí misma; pero ahora todo es distinto. No puedo mirarlo igual desde la noche en que lo sorprendí en la botica, haciendo lo innombrable. Está claro que no ha renunciado al hijo que tanto anhela, pero siempre creí que él estaba por encima de esas cosas. Y ha resultado ser como todos.

–Mírate... –dice, en un intento de captar mi atención–. Al final aún conseguirás tu velo.

Yo no abro la boca, pero ganas de chillar no me faltan. Para mí, que te casen no es un privilegio. No encuentro libertad en la comodidad. Es como si te pusieran unos grilletes, acolchados, si quieres, pero grilletes a fin de cuentas. En la casa de labor, al menos seguiré siendo dueña de mi vida. Dueña de mi cuerpo. Aunque con esas ideas me busco muchos líos, incluso sin que las exprese en voz alta. De pequeña las llevaba escritas en la cara. He aprendido a esconderme tras una sonrisa complaciente, pero, a veces, cuando veo mi reflejo en el espejo, noto la intensidad del fuego de mi mirada. Y cuanto más se acerca mi año de gracia, más se avivan esas llamas. A veces me parece que los ojos me van a saltar del cráneo como ascuas.

Cuando mi madre coge la cinta de seda roja para atarme la trenza, siento una punzada de pánico. Ya ha llegado. El momento en que quedaré marcada con el color de la advertencia... del pecado.

Todas las mujeres del condado de Garner tienen que llevar el pelo igual, retirado de la cara y recogido hacia atrás. Los hombres creen que así no podemos ocultarles nada: una expresión maliciosa, una mirada huidiza o un destello de magia. Cintas blancas para las niñas, rojas para las jóvenes en su año de gracia y negras para las esposas.

Inocencia. Sangre. Muerte.

–Perfecto –dice mi madre mientras da los toques finales al lazo.

Pese a que no veo la cinta roja, siento su peso y todo lo que implica, como un ancla que me retiene en este mundo.

–¿Puedo irme ya? –pregunto, a la vez que me aparto de sus febriles manos.

–¿Sin escolta?

–No necesito que me escolte nadie –digo, y embuto mis robustos pies en las delicadas zapatillas de cuero ne-

gro—. Sé apañármelas sola.

—¿Y con los tramperos que vienen del territorio también te las sabrás apañar?

—Eso solo le ha pasado a una chica, y fue hace siglos. — Suelto un suspiro.

—Me acuerdo como si fuera ayer. Anna Berglund —contesta mi madre, de pronto con los ojos vidriosos—. Fue el día de nuestra imposición del velo. Anna iba por la calle y el hombre la trincó de repente, se la echó al caballo y huyó a territorio salvaje. Nunca volvimos a saber de ella. Es curioso: lo que más recuerdo de esa historia es que, aunque se la vio chillando y llorando por toda la ciudad, los hombres declararon que no se había resistido lo suficiente, y castigaron en su lugar a su hermana pequeña, expulsándola a las afueras, relegándola a una vida de prostitución. Esa parte de la historia nunca se cuenta.

—Déjala que salga. Es su último día —tercia mi padre, fingiendo que cede a mi madre la última palabra—. Está acostumbrada a ir por ahí a su aire. Además, me gustaría pasar el día con mi preciosa mujer, solos los dos.

A todos los efectos, parecen enamorados. Estos últimos años, mi padre ha pasado temporadas cada vez más largas en las afueras, pero eso me ha dado cierto grado de libertad, por lo que debería estar agradecida.

Mi madre le sonrío.

—Supongo que no pasará nada... Salvo que Tierney esté pensando en escaparse por el bosque para encontrarse con Michael Welk.

Trato de quitarle hierro al asunto, pero se me ha quedado la boca completamente seca. No tenía ni idea de que estuviera al tanto.

Tira hacia abajo del corpiño de mi vestido, tratando de que se asiente.

—Mañana, cuando él le levante el velo a Kiersten Jenkins, te darás cuenta de lo tonta que has sido.

–Eso no es lo que... No es por eso que... Solo somos amigos –balbuceo.

Mi madre esboza un amago de sonrisa.

–Bueno, ya que tantas ganas tienes de salir por ahí, puedes ir a comprar moras para la asamblea de esta noche.

Sabe que detesto ir al mercado, y más en el día de la imposición de velos, cuando el condado de Garner en pleno sale a dejarse ver, pero creo que lo hace por eso. Piensa sacarle todo el partido posible a la situación.

Cuando se quita el dedal para rebuscar en su monedero, me fijo en su pulgar, al que le falta la punta. Nunca lo ha contado, pero sé que es un recuerdo de su año de gracia. Me sorprende mirándolo y se vuelve a poner el dedal corriendo.

–Perdóname –digo, y bajo la mirada hacia el dibujo que hace la madera desgastada del suelo—. Iré a por las moras.

Haría cualquier cosa por salir de la habitación.

Como si percibiera mi desesperación, padre me señala la puerta con un leve movimiento de la cabeza, y salgo como una flecha.

–No te alejes de la ciudad –oigo que dice mi madre tras de mí.

Esquivando pilas de libros, las medias puestas a secar en la barandilla, la bolsa de mi padre para las medicinas y una cesta llena de labores de punto a medio terminar, bajo disparada los tres tramos de escalones sin prestar atención a los chasquidos de censura de las criadas y salgo en tromba de nuestra casa adosada; pero se me hace raro sentir la brisa cortante del otoño en mi piel desnuda: el cuello, las clavículas, el pecho, las pantorrillas, la mitad inferior de las rodillas. No es más que un poco de piel, me digo. Nada que no tengan más que visto. Pero me siento expuesta... Vulnerable.

Una chica de mi año, Gertrude Fenton, pasa andando con su madre. No puedo evitar mirarle las manos; las lleva enfundadas en unos delicados guantes de encaje blanco. Casi consigue hacerme olvidar lo que le pasó. Casi. Pese a su desgracia, incluso Gertie parece desear aún que le den un velo, gobernar su propia casa, verse bendecida con hijos.

Ojalá quisiera yo esas cosas. Ojalá fuera tan fácil.

–Feliz día del velo –dice la señora Barton, que me mira y se agarra un poco más fuerte del brazo de su marido.

–¿Quién es esa? –pregunta el señor Barton.

–La chica de los James –masculla ella–. La mediana.

Él desliza descaradamente la mirada por mi piel.

–Veo que por fin le ha venido la magia.

–O la estaba ocultando.

La señora Barton me mira con los ojos entornados y la atención de un buitre que picotea un cadáver.

Solo quiero taparme un poco, pero no pienso volver a entrar en esa casa.

Tengo que recordármelo: los vestidos, las cintas rojas, los velos, las ceremonias... no son más que distracciones para que no pensemos en la cuestión de fondo. El año de gracia.

Cuando pienso en el año que me espera, en lo desconocido, empieza a temblarme la barbilla, pero lo disimulo poniendo una sonrisa idiota, como si estuviera encantada de cumplir con mi papel, poder volver y casarme y criar hijos y morirme.

Pero no todas volveremos a casa. No de una pieza.

* * *

Procurando dominar los nervios, cruzo la plaza en la que mañana nos pondremos en fila todas las chicas de mi año. No hace falta magia, ni siquiera grandes dotes de observación, para advertir que a las chicas les pasa algo profun-